

La Construcción del fantasma en la experiencia analítica.

“El fantasma no suscita la demanda. El fantasma en el sujeto suscita su propio asombro. Incluso el sujeto se siente extraño especialmente en relación con su fantasma. No se siente totalmente extraño a partir de su síntoma, porque hace de él una demanda al Otro y esa demanda nos humaniza.”

J. Alain Miller, 1 de diciembre de 1982

En *El deseo y su interpretación*, Lacan plantea la relación entre el deseo y su objeto y propone una articulación diferente conforme a la experiencia analítica, la denomina la articulación verdadera y sincrónica. Se trata de la fórmula simbólica ($\$ \leftrightarrow a$) la misma da su forma a lo que denomina *fantasma fundamental*, este garantiza al soporte del deseo su estructura mínima. Hay dos términos (heterogéneos), cuya doble relación entre uno y otro constituye el fantasma: “esta relación se complejiza en la medida en que el sujeto se constituye como deseo en una relación tercera con el fantasma”. Y propone que el objeto *a* es el soporte que el sujeto se da en la medida que flaquea su certeza de sujeto. Dicho de otra manera, se trata de que a nivel del discurso del Otro, del lugar del sujeto del inconsciente, el sujeto no puede designarse a sí mismo.

En este seminario, Lacan va a diferenciar el aspecto metonímico del deseo y el aspecto sincrónico que concierne a la estructura del fantasma. En la pág. 398, en el capítulo El fantasma fundamental, va a ubicar la especificidad del deseo en la experiencia analítica y el obstáculo que presentifica pensar la experiencia solo por esa vía sin distinguir la estructura sincrónica del fantasma. Si tomamos *La interpretación de los sueños*, o una secuencia de interpretaciones en una sesión analítica nos encontramos con un ejercicio de interpretación, en el que se pueden percibir tanto los anhelos del sujeto, como la distancia del sujeto respecto de sus propios anhelos. Lo define como un mecanismo de remisión indefinida.

Recurre a la referencia estrictamente lingüística. Es condición para que haya formación simbólica - ejercicio de la palabra que se denomine discurso- un sincronismo, una estructura de lenguaje, en esa dirección plantea cómo llegar a localizar en la sincronía la función del deseo; “Dentro de la relación sincrónica entre el sujeto y el significante

¿dónde se sitúa el deseo?” así introduce lo que llama *fantasma fundamental*, ($\$ \leftrightarrow a$) como la fórmula simbólica y aclara que esa es la verdadera y pretendida relación de objeto.

Miller, a propósito de la presentación del *Seminario 6* nos recuerda que, en este momento de la enseñanza, el objeto en cuestión es tomado en préstamo del estadio del espejo, es del registro de lo imaginario. Lo imaginario puede manifestarse en el aspecto de escenificación imaginaria del fantasma, en la figuración de personajes que el sujeto representa en determinadas posturas. En cuanto a la dimensión simbólica, en la experiencia analítica sabemos de él por el decir del analizante, está organizado en palabras, es un relato y está organizado. Sus elementos tienen un valor emblemático que es propio de la dimensión simbólica.

En cuanto a la dimensión real, Lacan hizo del objeto a , el objeto causa de deseo, el deseo está capturado en el movimiento de desplazamiento de la lengua, en el movimiento indefinido del significante, a diferencia del fantasma que es un punto de detención, un punto de real. Así es que el deseo se pauta por el fantasma, pero no se libera de él. La dimensión simbólica es el desplazamiento, el desciframiento vale para el síntoma y las formaciones del inconsciente, por el contrario acerca del fantasma la experiencia muestra al sujeto detenido en una escenificación que señala Miller que por estúpida que sea, “lo fija, lo cautiva” (S. Caracas, 1979). Destaca el hallazgo freudiano de localizar el fantasma masoquista, en el que se puede ver al sujeto víctima de la estructura. En ese sentido, Lacan decía que la barra que colocó sobre el sujeto ($\$$) es el látigo mismo de “Pegan a un niño”.

En cuanto a la perspectiva sincrónica, afirma Lacan, que el fantasma garantiza al soporte del deseo su estructura mínima. Esta dimensión está planteada en el recorrido que realiza Miller en el Seminario dictado en 1983: “Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma”, va a despejar la importancia clínica del “deseo del Otro”, en tanto es necesario que algo falte en el Otro para que se pueda tener un deseo. Con la ventaja clínica del matema A tachado, formula una escritura única que apunta a el “deseo del Otro” como a una “falta en el campo del significante”. Este punto abre la cuestión del fantasma como una respuesta al deseo del Otro, y al mismo tiempo a la manifestación de una falta en el campo del significante, algo no simbolizable. El fantasma se presenta en la clínica analítica como un tope, como una resistencia a la interpretación del analista. Esta doble vertiente del matema A tachado, es una manera de ubicarse en la clínica y en los distintos momentos de enseñanza en cuanto a el lugar de lo real. Si no hay interpretación del fantasma fundamental, es justamente porque él mismo se localiza en esa falta de significante, eso constituye la dificultad en la dirección de la cura y en el fin de análisis.

Caracterizar al fantasma como una máquina que se pone en juego cuando se manifiesta el deseo del Otro, es una buena manera de abordar las elaboraciones de Lacan en el Grafo del deseo. Al mismo tiempo, permite ubicar el hilo de esta presentación acerca del punto de vista desde lo interpretable y lo no interpretable.

Distingue Miller que: “el fantasma fundamental nunca es interpretado, y en la experiencia analítica y en la función del analista no todo es interpretación. Por fantasma fundamental me refiero a lo que Freud acentúa como segundo tiempo del análisis de “Pegan a un niño”, tiempo a propósito del cual dice que nunca aparece en la experiencia misma. Nunca es interpretado realmente. La interpretación es fundamentalmente interpretación de síntomas”. Y aquí la tesis de Miller es que: “la interpretación nunca lo es del fantasma fundamental. El fantasma fundamental no es un objeto de interpretación por parte del analista, sino un objeto de construcción”, aunque no se interpreta como tal es en sí mismo un instrumento de la interpretación.

A partir de este entramado entre el fantasma y su construcción, me interesa puntualizar acerca de *“El ultimísimo Freud, más allá del principio”* título del XXXVº Coloquio Descartes, lo expuesto por Freud en “Construcciones en análisis”. Allí, examina la tarea del analista, expone la finalidad del método analítico que es la rememoración. Refiere el carácter fragmentario del material clínico y el lugar de la transferencia en la recuperación del pasado, e introduce una vez más la necesidad de construcción. La construcción es una de las tareas que ocurren en la experiencia analítica: “El analista no ha vivido, ni reprimido nada de lo que le interesa; su tarea no puede ser recordar algo. ¿En qué consiste, pues, su tarea? Tiene que colegir lo olvidado desde los indicios que esto ha dejado tras sí; mejor dicho: tiene que *construirlo*. Cómo habrá él de comunicar sus construcciones al analizado, cuándo lo hará y con qué elucidaciones, he aquí lo que establece la conexión entre ambas piezas del trabajo analítico, entre su participación y la del analizado”.

Respecto del consentimiento del analizante, confía en el inconsciente y no en la respuesta yoica; “Así pues, las exteriorizaciones directas del paciente después que uno le comunicó una construcción, son pocos los puntos de apoyo que pueden obtenerse para saber si uno ha colegido recta o equivocadamente. Más interesante es, por eso, que existan variedades indirectas de corroboración plenamente confiables.” En este punto la repuesta que dice el analizante es del orden de la frase “No me parece”, “Nunca se me ha pasado” etc. Freud es categórico, ubica precisamente en la negación la presencia del sujeto del inconsciente. También es una confirmación en el caso en que el reconocimiento de una construcción se desarrolle bajo una reacción terapéutica negativa y sea certera, es

decir, aporte una aproximación a la verdad, entonces el paciente reacciona con empeoramiento sintomático.

Estas observaciones sirven para poner en tensión la construcción de la segunda fase del fantasma: “Pegan a un niño”, y a continuación cito textual la indicación y teorización más destacada para la construcción del fantasma en la experiencia analítica de 1937: “El camino que parte de la construcción del analista debía continuar en el recuerdo del analizado; ahora bien, no siempre lleva tan lejos. Con harta frecuencia, no consigue llevar al paciente hasta el recuerdo de lo reprimido. En lugar de ello si el análisis ha sido ejecutado de manera correcta, uno alcanza una convicción cierta sobre la verdad de la construcción, que en lo terapéutico rinde lo mismo que un recuerdo recuperado.” Subrayo para el recorrido sobre la construcción del fantasma, este juicio acerca de la verdad, no como acontecimiento vivido como historia, y aun así es el instante fantasmático de la segunda fase, especialmente en J. Lacan cuando promueve esta segunda fase como paradigma de la construcción del fantasma. En este sentido se trata de la verdad como estructura de ficción y no olvidemos que el fantasma es una ficción, una interpretación (con su fijeza) acerca del deseo del Otro. No cualquier ficción sino esa que estructura y determina la relación del sujeto con el “*a*” minúscula, tanto en su estatuto imaginario y como real especialmente en la última enseñanza de J. Lacan.

Es precisamente en el texto paradigmático “Pegan a un niño” que Freud le anunciaba a Fliess que estaba escribiendo un artículo sobre el masoquismo, se trata de una indagación clínica que cuenta con seis casos. Cuatro mujeres y dos hombres, dos de neurosis obsesiva; uno gravísimo e incapacitante y otro de mediana gravedad, y asequible a la terapia y un tercero con rasgos nítidos de neurosis obsesiva. Un cuarto del cual no alberga dudas, se trata de una histeria y por último refiere el diagnóstico de psicoastenia, el sexto no es mencionado. La investigación es sobre las fantasías de paliza: Freud ubica la particularidad de esta formación cuyas características en general es que: “permanecen apartadas del restante contenido de la neurosis y no ocupan un sitio legítimo dentro de su ensambladura”.

S. Freud define en sentido estricto el título de psicoanálisis cuando se ha levantado la amnesia que oculta para el adulto el conocimiento de su vida infantil. Acerca de la infancia le adjudica al analista el lugar de alzar la voz; “es el médico el que debe defender los títulos de la infancia”. Las fantasías de paliza tienen una historia evolutiva en la que hay que tener en cuenta las transformaciones en el curso de la historia infantil. En cuyo curso cambia más de una vez: su vínculo con la persona fantaseadora, su objeto, contenido y significado.

En la primera fase, Freud recibe la mezquina noticia de los pacientes: “Pegan a un niño”. Aquí el niño azotado nunca es el fantaseador, en cuanto a la persona que pega, solo puede comprobarse en principio que es una persona adulta indeterminada, que se vuelve más tarde reconocible como *el padre*. La segunda fase es el paradigma de la llamada construcción del fantasma, allí no hay rememoración es un límite a “rellenar las lagunas mnémicas” y por lo tanto a “hacer consciente lo inconsciente”, por el contrario se trata de la ausencia de rememoración. Entre la primera fase y la siguiente Freud ubica: (...) “grandes trasmudaciones. Es cierto que la persona que pega sigue siendo la misma, pero el niño azotado ha devenido otro; por lo regular es el niño fantaseador mismo, la fantasía se ha teñido de placer en alto grado” (...) Entonces, su texto es ahora: “*yo soy azotado por el padre*”. Tiene un indudable carácter masoquista.

Acerca de esta fase segunda, Freud concluye que de las tres fases ésta es la más importante y grávida en consecuencias y que nunca ha tenido existencia real. Nunca es recordada, nunca ha llegado a devenir consciente. Y que se trata de una construcción del análisis de la que destaca su carácter de necesaria.

Lacan trata esta investigación en el *Seminario 6*, cita y subraya las afirmaciones freudianas de esta segunda fase que; precisamente deviene como construcción, que nunca tuvo existencia real pero no es menos necesaria. Agrega que la fórmula de la segunda fase es de máximo interés en tanto no es otra cosa que la fórmula del masoquismo primordial. Una clara articulación con las elaboraciones ulteriores de Freud en “El problema económico del masoquismo” de 1924. En esta dirección el masoquismo primordial dice Lacan, “interviene precisamente en el momento en que el sujeto, en su búsqueda, roza su realización de sujeto en la dialéctica significante”. No se trata de un recuerdo o una fantasía que serían del orden de la interpretación sino del orden de la construcción. El carácter masoquista lo localiza en: “El hecho de alienarse, es decir de reemplazar como víctima al otro, consiste el paso decisivo de su goce, en la medida que este culmina en el instante fantasmático *Se pega a un niño*, en el cual ya no es más que *Se (on)*. Por un lado el sujeto es *Se pega*”(…). Es del orden de algo que se sitúa en la estructura y no en la historia. A su vez, es el instante privilegiado y rechazado del analizante.

En la dimensión sincrónica específica “la relación del sujeto con el significante, en la medida que el sujeto no puede designarse en él, nombrarse en él, como sujeto.” Para explicar el lugar de ausencia del sujeto, va a recurrir a la lingüística especialmente a la función del *shifter*; “Ya hice alusión al pronombre personal *yo*, que designa a quien habla. En el plano del inconsciente, lo mismo ocurre con la *a* minúscula. Esa *a* no es un símbolo sino un elemento real del sujeto, es lo que interviene para sostener el momento –en el

sentido sincrónico- en que el sujeto no logra designarse en el nivel de la instancia del deseo” y agrega que *a* es el efecto de la castración. Este pasaje del texto se acerca a lo que Lacan denomina el “punto pánico del sujeto”, es el punto donde el sujeto está borrado y no puede decir más de sí mismo, está reducido al silencio. Es entonces al fantasma al que recurre.

En el primer movimiento el que sufre es el otro, la satisfacción libidinal es el sadismo. Y responde al registro imaginario de la rivalidad especular. La fórmula sería: El padre pega a un niño que yo odio, por lo tanto solo me ama a mí”, donde la culpa es el resultado del triunfo del amor incestuoso. Miller señala que la primera formulación del fantasma es imaginaria y la segunda formulación pone en escena una relación simbólica. En cuanto a la tercera fase, da por resultado la relación del sujeto con el deseo y el goce fálico.

¿Qué enseña Freud acerca de la construcción del fantasma en la experiencia analítica? Anticipa en 1919 lo que será retomado en 1937, este fantasma, nunca se recordó es objeto de reconstrucción y es irrecuperable por estar hundido en la represión primaria, originaria. Originaria del sujeto del inconsciente, en este sentido Miller explica la conexión entre represión originaria y el fantasma fundamental donde señala que allí funciona el sujeto originariamente reprimido.

Consecuencias clínicas: “La histérica y el obsesivo”

En el texto de Freud, se ubica, el mismo fantasma “Pegan a un niño” en su muestra de neurosis, de histeria y obsesión. Se trata según Miller en el curso “Del síntoma al fantasma y retorno”, de un problema que aborda con la siguiente pregunta ¿Cómo es compatible que el fantasma se encuentre en estructuras diferentes y que además haya una acentuación obsesiva e histérica del fantasma? La composición del fantasma como cadena flexible permitiría según la estructura acentuar tal o cual elemento de la fórmula. Y es así como procede Lacan en *El deseo y su interpretación*, considera al sujeto histérico y obsesivo. Dice que la cuestión es no acercarse al objeto del fantasma, en la medida que desemboca en el deseo del Otro. Entonces, el sujeto puede sostener su deseo frente al deseo del Otro de dos maneras; como deseo insatisfecho, en el caso del sujeto histérico o deseo imposible, caso obsesivo. En la posición subjetiva de la histeria, Lacan nos recuerda el ejemplo de la bella carnicera, en el cual vemos con claridad la estructura del deseo insatisfecho. Se trata de la operación histérica, resulta que la bella carnicera desea comer caviar, pero no quiere que su marido se lo compre porque es necesario que ese deseo permanezca insatisfecho. Lacan distingue en esa maniobra una trama, un texto en el que

se teje la vida cotidiana. Pero la historieta, así se refiere Lacan en la página 474 del *Seminario 6*, es reveladora de la función que la histérica se da a sí misma, el obstáculo es ella y quien no quiere es ella. Se trata de mantener el deseo insatisfecho y su goce es impedir el deseo, esta es una de las funciones fundamentales del sujeto histérico; para quedar ella misma como lo que está en juego. La histérica introduce, una sombra que es su doble, bajo la forma de otra mujer cuyo deseo logra insertarse de manera escondida en tanto ella no debe verlo, es decir a condición de desconocerlo. Ella o él están en el juego, pero en una relación desdoblada, dado que al mismo tiempo es lo que en él se apuesta.

El obsesivo tiene una posición diferente afirma Lacan, el permanece fuera de juego, y agrega que nunca se encuentra en donde se juega su deseo. El sujeto barrado (\$) es convertido en su arma y su escondite, en tanto desaparece en su proximidad al deseo. Lacan da una indicación clínica en estos párrafos preciosos para la clínica de la neurosis; en este punto tienen que ser capaces de reconocer y señalar el lugar del sujeto en el fuera de juego. Para esta indicación clínica me parece ejemplar las intervenciones que realiza Lacan en un caso de un obsesivo hacia al final de su análisis (*E2* página 610); “se le hizo reconocer el lugar que tomó en el juego de la destrucción ejercida por uno de sus padres sobre el deseo del otro. Adivina la impotencia en que se encuentra de desear sin destruir al Otro, y por ende su deseo mismo en cuanto que es deseo del Otro” hasta aquí la referencia. En cuanto a las intervenciones sobre el modo en que el sujeto obsesivo se presenta fuera de juego, debemos tener en cuenta las observaciones reiteradas en los escritos. El obsesivo presenta el esquema completo menos el lugar del sujeto. El eje simbólico está truncado con la particularidad de que el sujeto del inconsciente está oculto o apartado. Dicho de otra manera, el deseo inconsciente del sujeto permanece apartado del juego. Mientras que el yo participa en los juegos, es decir en el espectáculo montado para el Otro, su deseo inconsciente permanece a un costado como si no existiera.

Para ilustrar de manera nítida la relación del fantasma y el deseo, hay que considerar que el losange representa el hecho de que el sujeto está, en la experiencia analítica –al menos en un momento de la enseñanza de J. Lacan- representado por todo el esquema L, por los cuatro vértices, incluyendo el eje imaginario y el eje simbólico.

Verónica Rios

Bibliografía

- Sigmund Freud: "Pegan a un niño"(1919)-"Construcciones en análisis" (1937) Ed. Amorroutu.
- Jacques Lacan: Seminario 6, *El deseo y su interpretación* (1958-1959) Ed. Paidós
- Jacques A. Miller: "Dos Dimensiones clínicas: Síntoma y Fantasma". (1983) - Conferencias Porteñas Tomo 1. Ed. Paidós.
- Jacques A. Miller: "Del síntoma al fantasma. Y retorno" (1982/83) Ed. Paidós.